

ALBUM DE LA JUVENTUD.

Periódico Científico y Literario.

LOS PRODUCTOS DE ESTA PUBLICACION SE DEDICAN ESCLUSIVAMENTE A LOS ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA.

ADVERTENCIA.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscritores que desde hoy en adelante honrarán con su distinguida pluma las columnas de este periódico, varios señores Eclesiásticos.

SOBRE EL SACERDOCIO CATOLICO.

Faux sages, faux savants; indociles esprits
Un moment, fiers mortels, suspendez vos mépris!

Al tomar hoy la pluma para hablar del sacerdocio católico, y vindicarlo de las calumnias de sus enemigos; al tratar de defenderle de los tiros de que suele ser blanco; hemos debido preveer que nuestro celo en esta materia podria parecer sospechoso é interesado, y que acaso se nos acusaria de dejarnos llevar en este punto de preocupaciones de nuestra educacion; pero cuando la verdad está de nuestra parte y tenemos la dulce esperanza de hacerla conocer á todos los entendimientos rectos; ¿deberia detenernos semejante temor? No ciertamente; las preocupaciones pasan; pero la verdad permanece.

En las diferentes profesiones en que se divide la sociedad conviene que cada uno hable de la que ejerce, porque es la que mejor debe conocer. A un Turena correspondia escribir sobre el arte militar; á un D'Aguesseau sobre la magistratura, y á Massillon sobre el sacerdocio.

Es cierto que la apologia mas victoriosa del clero debe ser su misma conducta; pero cuando un filosofismo engañoso ha apa-

rentado demasiadas veces desconocer las virtudes de unos y exagerado los defectos de otros; cuando han sido pintados los sacerdotes como corruptores de las conciencias, ó como hipócritas que por su interes abusaban de la credulidad pública; cuando finalmente el error tiene sus tribunos y sus trompetas; tambien la verdad debe tener sus apóstoles y sus defensores.

Hoy que á la Iglesia de España pueden aplicarse estas palabras de los libros santos: «vió con calma y dignidad los dias de sus desgracias:» hoy que sus largos y crueles infortunios deben al parecer inspirar hácia ella un interes mas tierno, ¿podrá creerse esento de toda pasion aquel que rehuse escuchar con la calma de una atencion benévola á un sacerdote defensor de su estado? ¿No deberiamos nosotros ver en semejante aversion tan poca justicia como filosofía? ¿Forman por ventura los eclesiásticos una colonia de extranjeros introducidos en el seno de la España por violencia ó por engaño? ¿No son los hijos, los hermanos los parientes y los amigos de los demas españoles? ¿No les debe á ellos un gran número la primera educacion? ¿Qué quieren pues los vanos detractores del ministerio sagrado? ¿A qué esas injurias y esos arrebatos? ¿Por qué tanto esfuerzo para cubrir el sacerdocio de oprobio, de ridiculez, y de desprecio?

Tengan entendido los que no pronuncian al parecer la palabra *Cura* si no agitados de ódio, que es tan imposible el hallar el secreto de tener religion sin sacerdocio, como justicia sin magistratura. Lo diremos con firmeza y en alta voz, se quiere echar en cara al clero abusos, desórdenes y escanda-

los; pero ¿son ángeles acaso los sacerdotes? Hombres como los demás é hijos de su siglo, colocados en medio de un mundo perverso, cercados de malos ejemplos y espuestos á mil peligros aun por razón de su mismo ministerio, ¿sería extraño que los alcanzase el contagio universal? Es preciso no perder de vista que el vicio es descarado, y que muy luego se da á conocer; pero que la virtud es modesta, ignorada, y que un solo sacerdote vicioso hace que injustamente se piense del mismo modo de los otros muchos que no lo son. Nosotros no vemos tampoco que practiquen en sí mismos todos los que profesan el arte de curar la templanza que prescriben á los demás. ¿Son por ventura irreprehensibles todos esos que tanto declaman contra los defectos de algunos individuos del clero? ¿No ha sido más bien la licencia de sus escritos un fiel reflejo del desarreglo de su conducta? Sea cada uno justo consigo mismo en lugar de adularse á sí propio, y conocerá la necesidad de ser indulgente con los demás.

¡Tiemblen los que insultan al sacerdocio, y al parecer no anhelan más que su ruina! ¡Tiemblen de ver cumplidos sus deseos! Pero no, no será así. No creamos que los hombres puedan hacer todo el mal que quisieran. El vicio tiene sus límites así como la virtud. Existe un Dios que vela por la conservación del mundo moral, así como por la del mundo físico: y cuando le place el furor de las pasiones se estrella contra un grano de arena, como se estrellan en la ribera las olas del mar agitado. Nosotros no hemos leído en el libro de los destinos eternos; pero meditando lo pasado y considerando lo presente, concebimos más esperanzas que temores para el porvenir. Vemos que en todas partes se escucha con gusto la palabra de Dios anunciada por hombres apostólicos, y que ciudades enteras despiertan y salen de su indiferencia al eco de la Trompeta Evangélica; y en medio de las calumnias y de los clamores de la impiedad, nos decimos muchas veces: la España no está muerta para la fé; no está dispuesta á apostatar. La Providencia tiene señalados sus tiempos, nosotros debemos aguardarlos.

Hubo una época en que un insensato se atrevió á decir desde la tribuna política de una nación vecina: «Yo soy ateo, y me glorío de serlo;» pero al mismo tiempo que esta expresión tan absurda como impía escitaba las aclamaciones del delirio, el Eterno por los castigos mismos que ejercía sobre la tierra, daba á conocer que él reinaba en los cielos. Proclamar así solemnemente el ateísmo, era proclamar la muerte del cuerpo social, y en efecto ya no existía verdadera sociedad; porque para esta, lo mismo que para el hombre particular, la religión es la primera de todas las necesidades, pues que Dios es el primero de todos los seres; y todos los sofismas de la tierra no impedirán que la religión perezca, si perece el sacerdocio, y que la sociedad deje de existir si se pierde la religión. En vano intentamos alucinarnos; por más que hagamos, no mudaremos la naturaleza de tantas cosas; el mundo social tiene sus leyes, así como el mundo físico, y no existe sino con ciertas condiciones necesarias, y tales, que jamás las violan los pueblos, sino con detrimento de su reposo ó de su libertad.

E. M.

EL HIJO DE LA XANA.

(Leyenda fantástica.)

(CONTINUACION.)

II.

Han pasado veinte años desde el nacimiento del hijo de Maria. Durante este tiempo el conde se ha convertido de jóven en anciano; pero ha envejecido como si en vez de pasar su vida en la felicidad que da la riqueza, la hubiese pasado en el trabajo y la miseria. Y al paso que su cuerpo decaía, decaía también su alma: había llegado á esa edad de frías pasiones, en que la expansión se convierte en egoísmo, la amistad en afecto, el amor en cariño; y en esa edad la dulce melancolía, que constituyera el carácter del conde siendo jóven, era ya una tristeza sombría y taciturna: nunca una sonrisa había entreabierto sus labios, nunca una sombra de alegría había desarrugado su frente. Y sin embargo, ninguno de los que le conocieron siendo niño, creyó que había de ser así cuando jóven: imposible era penetrar el misterio que se había atravesado en su existencia.

No obstante, el conde había cumplido su pro-

mesa : Maria habia vivido algunos años en medio de la abundancia; pero separada de su esposo, solo se creia feliz á medias : pudiera decirse que la misteriosa muger que la habia prometido hacerla dichosa, habia adivinado el deseo de Maria, porque murió pocos años despues de su esposo, feliz porque iba á reunirse con él, y porque no debia abrigar el menor temor por la suerte de su hijo ; y Maria no se equivocó : el conde fiel á su promesa, recogió á su hijo en el castillo.

El pequeño Alberto y Adelia la sobrina del conde se criaron juntos.

Todos los habitantes del castillo, todos los campesinos recordaban con placer el tiempo en que habian visto aquellos dos niños jugando como dos mariposas entre las flores del jardin y sobre las plataformas del castillo, ó recorriendo las campiñas y penetrando en las pobres casas de los labradores, siempre con la alegría en el semblante y con palabras cariñosas en los labios. Hasta el conde se conmovia ante aquella angélica felicidad, y sentia que su tristeza se dulcificaba y que por sus mejillas rodaban lágrimas de consoladora ternura.

Pero llegó un tiempo en que los juegos y la union de la infancia debian abandonarse insensiblemente ; en que la intimidad de la niña hubiera hecho ruborizarse á la jóven; en que la confianza del niño debia convertirse en respeto á la muger, á la señora, que ocupaba un rango superior al suyo. Mas Adelia encontrábase sola en medio de los guerreros que poblaban el castillo, hombres que solo gozaban con emociones fuertes, y su alma buscó instintivamente otra alma tierna y delicada que la comprendiese ; por eso los corazones de Alberto y de Adelia se confundieron en ese indisoluble lazo que une dos almas jóvenes en el amor. Y sin embargo sobre aquel horizonte de felicidad brilló un dia aciago.

Iba á amanecer el dia de San Juan ; ese dia en que parece que la naturaleza da un adios á la risueña primavera para entrar en los ardores del verano. Las armoniosas brisas de la noche exhalaban sus últimos suspiros entre el follaje; las estrellas iban desapareciendo y desvaneciéndose las sombras ante el primer rayo de claridad que aparecia en el horizonte: el mundo todo parecia disponerse á recibir alegremente el nuevo dia.

Un hombre vagaba silencioso por la orilla del rio, sin que nada bastase á distraerle de sus pensamientos : este hombre era Alberto. En sus hermosas facciones habia dejado impresas sus huellas una noche de insomnio y de lágrimas : Alberto debia haber sufrido mucho ; sin duda iba á buscar como último recurso contra su desgracia alguna de esas misteriosas flores, que nacen el dia de San Juan bajo la planta fugitiva de las xanas, y que aseguran la felicidad al que las posea. En efecto, apenas asomaron en Oriente los primeros

destellos de la luz que precede al sol, ocultos Alberto entre unos matorrales inmediatos con el corazon palpitando. En el mismo instante sobre el agua azulada é inquieta del rio, dibujáronse sombras inciertas que se desvanecieron dando paso á algunas mugeres de singular belleza vestidas con trages blancos que parecian ajados junto á la mate blancura de su tez: sus rubios cabellos estaban sujetos por una corona de rosas. Aquellas mugeres vagaron un momento indecisas sobre la superficie del rio, y por fin vinieron á posarse como una bandada de palomas junto á una fuente cercana al lugar que ocupaba Alberto. Otra muger, ó mas bien otra aparicion incomparablemente mas hermosa, hiende tambien las aguas y se reúne con sus compañeras, todas la saludaron con gritos de alegría, y luego volviéndose con la sonrisa en los labios hácia el punto por donde debe asomar el sol, sacaron de su seno unas extrañas madejas, que besaron con transporte, y que fueron depositando en el suelo alrededor de aquella cuya venida saludaron. Y cogiéndose de las manos comenzaron á danzar alrededor inquietas y bulliciosas con una alegría juguetona é infantil ; poco á poco sus gritos de júbilo se aumentan, sus almas se esplayan al paso que el color de sus mejillas se anima, se separan, se unen de nuevo. raya su alegría en locura, y aquello ya no es un baile acompasado que pueda seguirse con la vista, es una masa blanca, que se agita cual poseida de un vértigo, gritando, riendo, turbando la cabeza del espectador imprudente, aquello es una danza de xanas ; y en medio de aquel circulo frenético destácase sobre todas la sobrehumana figura de la *reina de las xanas*; ella no toma parte en aquella alegría, y solo responde á ella con una sonrisa, que como la espresion de su rostro está impregnada de tristeza.

Alberto, testigo de esta escena, solo conserva de sus olvidados dolores un sentimiento de simpatia hácia aquel ser que padece como él. Es tan irresistible el encanto que le atrae, que involuntariamente da un paso hácia ellas... Las ninfas de Diana sorprendidas por Acteon, una bandada de pájaros sorprendida en su reposo por un estruendo repentino, no se dispersan tan lijeramente como las xanas al ver á Alberto ; todas se arrojaron sobre sus madejas dando un grito de terror, é instantaneamente desaparecieron en el fondo del rio.

Todas no ; Alberto vió á la Reina de las xanas, que en vez de huir se acercó fijando en él una mirada profunda, amante como la de una madre; tierna, melancólica, como la de un alma que sufre.

—Jóven, le dijo, ¿qué buscas en estos sitios? Mas su voz es tan suave como el murmullo de la fuente ; no es ella quien huye de Alberto, es Alberto el que quiere huir de su fascinacion ; pero es imposible: inmóvil y absorto la contempla atre-

viéndose apenas á contestarla:

—¿Qué busco? ¡ah! la felicidad—La felicidad, pues bien; yo estoy dispuesta á dártela; mas dime en qué consiste tu desdicha—¿Quién podría decir como resonaron estas palabras en los oídos de Alberto?

—Yo os lo diré, contestó con acento apasionado: conocéis á Adelia, la protegida del señor del castillo inmediato; ¡oh! si la conocéis no necesitó deciros que la amo con toda mi alma; hemos dormido bajo un mismo techo durante muchos años, y ayer me separaron de ella. Acabábamos de disponer el castillo para el festin que hoy piensa dar el conde á los pobres de las cercanías: Adelia y yo nos hallábamos en el jardín respirando el ambiente embalsamado por las flores, y recordando los días de nuestra infancia, hubo un instante en que nos creíamos solos, en que mis labios se apoyaron sobre su frente; pero con un sentimiento tan puro como los de nuestra niñez; el conde nos sorprendió, interpretó mal mi conducta, y me despidió del castillo, me separó de Adelia.—¡Oh! basta contestó la xana conmovida, yo comprendo tu amor y sabré premiarle: sígueme. La xana mojó su mano en el agua de la fuente inmediata, y roció con ella el rostro de Alberto pronunciando algunas palabras misteriosas, las mismas que veinte años antes pronunciara sobre el hijo de Maria. Y en seguida conduciendo á Alberto á la orilla del rio se precipitó con él en el agua.....

Durante algunos momentos Alberto aturdido por la sorpresa, por el miedo nada vió, nada sintió; pero cuando volvió en sí se encontró en una estancia que la imaginacion humana apenas puede concebir: sus paredes eran de un hielo que tenía la dureza y consistencia de la piedra, y la transparencia y tersura del cristal; los rayos del sol quebrándose á traves de las aguas del rio que por encima corria, se reflejaban en las paredes de aquella vivienda inundándola de una atmósfera de luz y de colores; el aire que allí se respiraba era húmedo, fresco, impregnado del olor de mil plantas acuáticas gigantescas, entre las cuales cantaban sin cesar aves desconocidas, cuyos trinos eran mas armoniosos que los de los mas armoniosos ruiseñores.

Alberto dejó de contemplar tan brillante cuadro al ver venir como evocado por la xana un jóven que tendria su misma edad: el rostro de aquel jóven no carecia de belleza; pero una belleza marchita, ajada; sus ojos apagados, apenas despedían una mirada, su voz apenas se oía, sus pies marcaban un paso vacilante. Pero Alberto sintió impulsos de arrojarse en brazos de aquel jóven, y volviéndose hácia la xana exclamó en voz baja:

—Ese jóven debe ser mi hermano, yo veo en sus facciones las facciones de mi madre, tal como las recuerdo perdidas entre las memorias de mi infancia.

—Silencio, le contestó la xana, que nunca tu boca pronuncie delante de él una palabra sobre este punto: Oid, añadió dirigiéndose á los dos, desde vuestro nacimiento estais unidos por lazos secretos que algun dia se descubrirán: entretanto amaos como hermanos. Alberto, vas á volver á ese mundo que se agita sobre nosotros: yo te doy por compañero al hombre que aquí ves, que mora en estos lugares desde que ha nacido, que está iniciado en el conocimiento de nuestro misterioso poder: él te protegerá y cumplirá todos tus designios. Y pronunciando algunas otras palabras incomprensibles añadió: Marchad.

Alberto se sintió como antes desvanecido por algunos momentos; cuando abrió sus ojos se encontró en la orilla del rio. El que la xana habia llamado su hermano, el verdadero hijo de Maria, se habia detenido estasiado: al ver el sol que lentamente se adelantaba por el firmamento azul, al ver la tierra que se presentaba en panorama estenso enviando hácia el cielo una diáfana niebla de vapor, al ver las pintadas flores que abrían sus húmedos cálices al sol, al oír el himno de alegría que los pájaros exhalaban en sus trinos, pareció entrar en la vida; coloreáronse sus mejillas; su pecho se ensanchó al aspirar por primera vez aquel aire puro y fresco de la mañana y cayó de rodillas exclamando:

—Espera hermano, déjame contemplar este mundo que hasta hoy solo habia adivinado.

(Se continuará.)

LA PASION DE JESUCRISTO.

(Conclusion.)

III.

Tolle, tolle, crucifige eum.

¿Dónde va la turba ansiosa
de esterminacion y horrores,
cómo bajan los azores
del cielo su hambre á saciar?
¿Cuyo es el murmullo sordo
como el mar enfurecido
y el penetrante alarido
que se escucha resonar?

¿Pero qué miran mis ojos?
es ilusion lo que veo?
maniatado como un reo
al ungido del Señor.
Negra corona de ultrages
le ciñe su pueblo amado,
al cordero inmaculado
al Mesias redentor,

•Que busque con vista ansiosa
de sus siervos las legiones,
del desierto los leones,
las tempestades del mar;

que venga con sus arenas
como desecado río
por el calor del estío,
el desierto de Madian »

•Que venga á ver si desata
de su Señor la cadena,
á ver si alivia su pena
con su aliento abrasador,
cual la desposada amante
sobre la frente abrasada
de su Señor inclinada
posa su beso de amor.»

•Enviad un mensajero
sobre la haz de la tierra,
un mensajero de guerra,
y en nombre de su señor,
diga á los viles esclavos
víctimas de amarga suerte,
«sobre el monte de la muerte
vuestro Señor se asentó.»

•Pilatos, sabio Pilatos,
lava las débiles manos;
que de Roma los milanos
herir no saben aun;
el pueblo hebreo inflexible
camina con firme planta,
y respetuoso levanta
á su Señor una cruz.»

Y sigue el tumulto y el ruido creciendo
cual sordo rugido de fervido mar,
tambores, clarines la marcha batiendo
la turba afanosa le sigue detras.

Un rastro de sangre señala el camino
de un hombre á quien fiero maltrata el dolor,
ay! cuánta amargura guardóle el destino!
y cuánto su cáliz amargo bebió!

Miradle, en los hombros descansa pesada
de un cedro del Libano cruenta una cruz;
y en torno pasea afanosa mirada
del cielo buscando un rayo de luz.

En vano su esfuerzo reune, cansado
el peso le rinde, tres veces cayó,
y en gotas le cae del rostro apenado
sudor que una Virgen piadosa enjugó.

Mirad, ya del Gólgota asoma la cumbre,
la turba se para, el reo llegó,
El sol aun ostenta rojiza su lumbre,
del reo en el rostro su luz reflejó.

IV.

Eli, Eli, lamma sabachtani,

La cruz, mirad la cruz allá en la cumbre
del alto monte el cielo atravesando,
cual la bandera mirase ondeando
en la almena de antiguo torreón;
y un hombre allí, de espinas coronado,
su rostro nubla trasudor sangriento,
y sumida en amargo sentimiento
llora á su pie la madre del Señor.

La vista fija sobre el sol poniente,
casi sin voz y sin aliento el hombre,
sobre la cruz aguarda, no te asombre;
el término feliz de su dolor.
Y al verle trasponer el horizonte
esforzando la voz, lanzó un gemido,
asi dijo en acento dolorido:
¿por qué me abandonastes, oh Señor?

Y lanzando el aliento de su pecho
con él salió su alma generosa;
lanzó el mundo un gemido de despecho,
el orbe en sus cimientos retemblo;
y del Calvario sobre el alta cumbre,
tres cruces con cadáveres sangrientos,
y mirando sus bultos macilentos,
sola una Virgen á su pie quedó.

JUAN VICENS.

Oviedo 11 de junio de 1853.

SONETO.

A MI HERMANA.

Cuando contemplo hermana esa ribera
Que el Sella con sus aguas fertiliza
Y en rápida corriente se desliza
Fresco verdor prestando á la pradera,
Que en la tibia y risueña primavera
De embalsamadas flores se tapiza
Cuyas corolas matizadas riza
Y perfuma la brisa pasagera,
Recuerdo con dolor, hermana mia,
Que en mi niñez tranquila y venturosa
Por su alfombra florida discurria
Arrancando el clavel ó fresca rosa
Que su verde capullo entonces abria
Y... ¿cuanto envidio aquella edad dichosa!

(1848)

JOSE CORTES LLANOS.

A MI MADRE

EN SUS DIAS.

Templad la lira, que en mi alma siento
Fuego de inspiracion dulce y divina,
Templad la lira, dádmela, que al viento
Como algun dia le entregué de amores
Leda cancion, ahora
¡Ay! que mi pecho la afliccion devora,
Mis quebrantados ayes
Quiero darle tambien, ayes que exhala
Mi pobre corazon.

Santos recuerdos

De maternal cariño
Grabados en mi alma desde niño
¿Por qué hoy me atormentais? por qué la noche
Sus bálsamos preciosos
Negóme sin cesar? ¿Por qué á las flores
Miro romper su delicado broche
Y no siento sus mágicos olores?
¿Por qué un horrible manto de tristura
Encubre la hermosura
Que encierra para mi natureleza?
Porque me faltas tu, madre querida,
Me faltan tus palabras de consuelo,
Me falta tu cariño que disipe
Con sus encantos mi letal tristeza,
Dó reposar me falta la cabeza
Preñada de dolor y desconsuelo.
¿Me faltas tú! al lado de tu esposo

Cercada de tus hijas, madre amada,
 En vago pensamiento sepultada
 Recuerdas á tu hijo cariñoso.
 Le recuerdas, sí, en vez de aquella gloria
 Que debieras gozar en este día
 Sin cesar atormenta tu memoria
 La para ti tan dulce imagen mía.

Salúdente mil voces á porfía,
 Haláguente tus hijas y tu esposo...
 Mas qué te falta hoy? en que tan fijo
 Tu pensamiento está? quién del reposo
 Priva á tu pecho? ¿quién? será tu hijo?....

Si, yo soy; pero no, madre adorada,
 Tu hijo no sea causa de tu pena....
 Consuélate en mi ausencia; si un instante
 No puedes estrecharme entre tus brazos,
 Ni recoger las lágrimas que brotan
 Mis ojos mústios, mi sentir amante
 De mis ardientes labios el suspiro,
 Bien sabes, madre mía,
 Cuánto sufro también, cuánto delirio!
 Muy bien lo sabes, sí, esto te anime,
 Y aminore tu amargo desconsuelo....
 Tu hijo como tú padece y gime,
 Tu hijo como tú no halla consuelo.

Y como hallarle? lejos de tu lado
 Recordando el placer que me rodeaba
 Este día, en que loco, entusiasmado
 Al punto que la aurora
 El mundo iluminaba
 Corria hácia tu lecho, y sin demora
 En mis brazos ¡oh madre! te estrellaba?

Cómo hallarle? si nunca en *este día*
 Tu dulce compañía
 Faltome.... ni un momento?
 Si mi pálida frente
 De tus labios no siente
 El beso maternal? cuando mis brazos
 Tender hácia ti intento
 Y hallo tan solo por do quier el viento.

¿Cómo hallarle hoy?... en vano otras mugeres
 Me brindan con su amor y su hermosura;
 ¡Ay! sus falsos placeres
 Tan solo verterían
 El caliz del dolor en mi alma pura.

No; el terrible huracan de las pasiones
 Movido el soplo del amor impuro
 Jamás llegó á mi pecho; tus lecciones
 Ni un momento olvidé; tu imagen bella
 Como la luz ardiente de una estrella
 Grabada está en mi corazón sencillo
 Y en vano el mundo con su falso brillo
 Borrarla intentará.

Arrastren unos

En su fatal delirio
 La bárbara cadena del martirio
 En las hogueras del amor forjada.
 Acudan otros á festin pomposo,
 Corran ansiosos tras de fútil gloria.

Miente sus nombres la parlera historia,
 O vean sus frentes de laurel orlada.

Yo nada les envidio; y si al que pasa
 Su vida entre los brazos de una madre,
 Siguiendo los consejos de su padre,
 Y acariciando sin cesar sus canas,
 Gozando noche y día
 La dulce compañía
 De sus tiernas y cándidas hermanas.

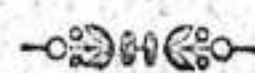
Esto solo ambiciono..... ¡Ay! la suerte
 Contraria hasta la muerte
 Acaso me será?.... No, cerca veo
 De cumplirse en un todo mi deseo
 El instante feliz. La dicha entonces
 El placer, los encantos y la gloria
 Borrarán los recuerdos que *este día*
 Grabó en mi amante pecho tu memoria.

Hasta tanto no dudes, madre mía,
 Solo vivo pensando en tu amargura
 Ageo de este mundo á la alegría....
 Para calmar un tanto mi tristura
 Un suspiro de amor de allá me envía.

Oviedo 5 de Agosto.

Ramon Huerta Posada.

SONETO.



LA MUERTE

A mi amigo D. R. Pardo y Carrera.

¡Oh del *no ser* aterradora tumba
 Solo alumbrada por fulgór sombrío,
 Do como raudó, proceloso río
 La humanidad inquieta se derrumba!

En tu infinito espacio, eterno zumba
 De la hosca parca el pavoroso acento
 Que al mundo llama sin parar, y lento
 En tus abismos hórridos retumba.

¡Ay! sobre ti su desplegado manto
 Bate ceñuda la espantable muerte
 Que su sed templea en el humano llanto.

Al contemplarle el corazón se hiela....
 ¿Qué insensato mortal despues de verte
 Tras el falso esplendor del mundo, vuela?

Nueva 13 de julio de 1853.

Gumersindo Laverde Ruiz.

VARIEDADES.

ÉL Y YO.

Dormia yo profundamente, mientras que mi
 imaginacion inquieta y ambiciosa, se lanzaba tras
 el oro de las Californias y los diamantes de *El*
el dorado (única felicidad á que la picarilla aspira

en este mundo) cuando de improviso senti en mis menguadas narices un dolor tan fuerte y prolongado, cual si la encallecida mano de un gañan, las prensase entre sus dedos de hierro.

De un brinco me siento sobre el baqueteado colchon, y merced á un rayo de la luna que penetraba por el resquicio de mi ventana, vi una cosa que hizo que mis cabellos se herizasen y que frotase mis ojos por algunos segundos, para cerciorarme de que no era víctima de alguna horrible pesadilla. Figuraos una cabeza de cabellos grises, de rostro burlon y de chispeantes miradas; con un sombrero á la *derniere* inclinado sobre la oreja izquierda, aquella cabeza se hallaba pegada á unos hombros de los que brotaban dos alas negras y sombrías, cortadas á estilo de buen murciélago; lo restante del cuerpo se hallaba adornado con prendas que envidiara el mas apuesto y elegante *dandy*.

Para convencerme de que era realidad lo que admiraban mis ojos, aquella mano opresora volvió de nuevo á acariciar mis narices, lo que me obligó á exhalar un fuerte y penetrante quegido. Pero mi espanto creció extraordinariamente cuando oí que aquel extraño y misterioso personaje, dejando vagar por sus labios una maligna sonrisa, exclamaba con una voz entre gangosa y tiple.

—¡Morbleu! mon cher ami, avez vous un si maudite someille, que me he visto en la precision de movere nariis vestris aliquas et suavissimas titillationes.

¡Sacratissimo establo de Belen! algunas horas antes habia leído yo en una obra cuyo titulo no recuerdo, que cuando los diablos se comunican con los mortales, les hablan en un idioma formado alla por los señores filólogos y gramáticos de sus diabólicas y subterráneas academias, idioma en parte frances, en parte español y últimamente latin. Ya no habia duda: Luzbel ó alguno de sus legiones, se hallaba á la cabecera de mi lecho: un sudor frio recorria todos mis miembros, y mis mandibulas se agitaban y se chocaban mis dientes, cual si me hallase entre los hielos del pólo.

—¿Non audivistis me forsitan? monsieur le muet. Desplegad vuestros labios, et sálten salutate votre très sincere ami le bon diable Asmodeé.

Yo balbucí algunas lisonjeras espresiones que hicieron reir por algun tiempo al burlon Asmodeo, quien con su sagacidad acreditada, comprendió al punto que solo un terror pánico me las pudiera dictar.

—¡Pax! ¡Pax! exclamó; homme lache et crainlif. ¡Pax est mecum!

Permitidme un momento lectores míos; voy á haceros una súplica que creo acogereis con benignidad. Aunque á fuer de verídico narrador debiera continuar hablandoos en el enmarañado idioma del buen diablo; como intérprete proseguiré mi relato en nuestra lengua nativa, porque des-

de que allá en no muy lejanos tiempos el ilustrado domine que me enseñara, me limpió con una suavidad exquisita el polvo de mis vestidos para dar paso á las frases mas elegantes de los *Comentarios de Cesar* y de las *Fábulas del castizo Fedro*: he cobrado al latin un afecto ¡tan grande! que..... á guisa de buen avaro procuro economizarlo en lo posible, lo cual hace que casi nunca lo use; en cuanto al frances, os diré para dar mas fuerza á mi súplica que lo hablo peisimamente.

Animado, pues, por los pacíficos sentimientos de que Asmodeo blasonaba, me atrevi á preguntarle á quien debia el honor de tan ilustre visita.

—Por los cuernos de mi padre Belzebú! me contestó bruscaamente; os digo que vengo de paz y por lo mismo que no necesito espresiones de tanto meollo.

Esta noche se nos ha ocurrido á mi hermano Astharot y á mi andar un poquillo á la que salta; pero él como jóven mas recogido, se ha retirado ya á su vivienda, despues de haber hecho alguna de las suyas, y deseando yo encontrar una compañía mas alegre, recurri á mi *Guia del curioso diablo por España*, y he visto en él que cercano á mi se hallaba durmiendo un periodista novicio que soñaba con lo que únicamente se sueña en este siglo en que estamos, é incontinentemente me he zampado en vuestra estancia. Conque ahora, ya que sabeis lo que á vuestro lado me ha traído, lanzad al aire vuestras sábanas y vámonos á dar un amistoso y divertido paseo.....

—Señor, señor, le interrumpi yo, ¡á estas horas!

—Oid, oid, prosiguió el libertino hijo del Averno prestando atentamente su oído á no sé qué rumor que allá en la calle escuchaba. Oid, suena una música alegre.

—Será una serenata, señor, vulgo *parranda*, algunos jóvenes que recorren la poblacion y....

—Que me place! Los observaremos de lejos: al compás de sus violines y guitarras levantaré los techos de los edificios como allá en tiempos del *Bachiller D. Cleofas*, y entonces advertireis lo que en sus adentros á estas horas sucede.

—Pero....

—Vamos, ¡voto al chápiro! exclamó, y agarrando entre sus brazos mi diminuta persona, se lanzó con ella á las regiones del viento.

—¡Por favor, señor Asmodeo, por favor! gritaba yo pataleando por desasirme; permitidme siquiera cumplir con las reglas de la decencia; dejadme poner un pantalon y un levita.

—Nada, nada, escrupuloso mio; en la region de las palomas y golondrinas nadie criticará vuestro tocado, y ademas si lo quereis, voy á cubriros con una nube sutil como hizo en los bosques de Cartago, Venus con su hijo Eneas.

Y ya no hubo remedio. Asmodeo y yo dimos principio á nuestro inquisitorio paseo; cuando las

astentóreas voces de todos los vigilantes de la ciudad llegaron á nosotros confundidas en una sola que pregonaba, ¡las tres y cuarto y sereno!!!...

Las dos flautas, siete guitarras, tres violines, el figle y el pandero, instrumentos todos de que se componia la nocturna reunion de aquellos hijos de Apolo, y aun diré, acaso de Baco, habian enmudecido hacia ya algunos instantes. Por el contrario, la elocuencia hacia rápidos progresos en sus dueños, pues todos gritaban, y todos proponian y todos reclamaban silencio y ninguno se escuchaba; y así iba ello de tal manera, que segun en calor y elevacion de voz, iban creciendo las interpelaciones y las arengas: sin duda hubiera degenerado aquel musical congreso en verdadero trasunto del celebrado campo de Agramante.

Difícil seria; pero hubieron al fin de convenirse, porque el afinar de las flautas y violines llegó á poco rato á nuestros oidos, y dos segundos despues el prolongado redoble del pandero dió principio á la animada y bulliciosa jota de los alegres hijos de Aragon.

Sus melodiosos acordes subian hasta nosotros impregnados de tan irresistible encanto, que las piernas del diablo se despepitaban por demostrar, aun en aquella region de los átomos su habilidad coreo-gráfica. Pero tambien al fin hubo de aquietarlos Asmodeo, pues acercándose á mi oido, escuchad, me dijo señalándome con su dedo á los músicos; acaban de detenerse ante aquella casa de viejo aspecto; recurramos á nuestro *Guia del curioso diablo por España* y veamos qué personas la habitan. ¡Ah! exclamó á poco rato despues de haber ojeado un pequeño volumen impreso en caracteres para mí ininteligibles, y en cuya portada se hallaban los retratos de Lucifer y de su esposa Astarté perfectamente grabados por algun *Cornivole* (1) de las oscuras mansiones. En el mas alto piso de esa casa vive una niña de cabellos negros y de moreno cutis, hija única de un septuagenario matrimonio, contraído muy tarde, con el cual no está muy bien mi paternidad diabolésca, porque reza mas que murmura, pero que al fin me da muy poco que hacer.

Y sin mas chistar ni mistar, descendimos sobre la casa en cuestion, y levantando Asmodeo el techo que la cubria, cual si en sus manos cogiera una peladilla de arroyo, mostró á mis atónitos ojos una jóven de un moreno tan bello cual las *houris* del Edem del buen Mahoma. Reclinada la cabeza sobre la almohada, sonrosadas las mejillas y con un hermoso y torneado brazo tendido con abandono sobre las ropas del lecho, la hija de sus padres, dormia profundamente, sin que la música con que de afuera la obsequiaban viniese á interrumpir en lo mas minimo su sueño.

—Tonto, tonto, repetia mi compañero; tonto

de aquel chicuelo de retorcido bigote y aforrado monte-cristo: estará el muy pobrete persuadido de que los suspiros de su guitarra llegan directamente al corazon de su amada, y le hacen pegar b. inquitos de gozo, cuando la hermosa niña se halla á estas horas jugando al *ecarté* en casa de una parienta de su mamá, y rozando su lindo piececito con el de un aspirante á oficial octavo de *indirectas* que á su lado se encuentra. ¡Pobre mundo! ¡Pobre mundo! que bien te conoce el diablo. Ea, señor periodista, abandonemos filosóficas reflexiones y veamos lo que acontece en el primer piso.

Y Asmodeo levantó el seguado sobre sus costillas, y entouces se apareció á nuestra vista entre otras varias, una reducida alcoba, adornada con varios muebles, cuyo lustroso brillo demostraban una fecha reciente, con item mas un lecho de acero colgado de blancas cortinas.

—Pepito, decia con voz dulce una de las dos personas que lo ocupaban, no escuchas esa deliciosa serenata?

—Si. Dolores mia; pero sus acentos adquieren para mí nuevo atractivo hallándome á tu lado. ¿No es verdad que te sucede igualmente?

—¿Puedes dudarlo?

Asmodeo desesperado, no sé por qué, dejó caer la tapa exclamando con furioso ademán:

—Ah Luna de miel, luna de miel, terroncillo de azúcar, exordio del matrimonio, sueño de media, presagio de la tormenta, ¡voto al lago Aquelarre! que por tí tan solo me dejaria oprimir en estrecho lazo si no temiera tus fatales y divertidas consecuencias.

Y velis nolis, el buen diablo me dejó con un palmo de boca y nos fuimos con la música á otra parte.

(La conclusion en el número próximo)

AURELIANO VALDÈS ACHUGARRO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Oviedo por un mes reales, por tres 12. Fuera por tres meses 14 rs
En Ultramar por tres meses 2 ps. fs.

Se suscribe á este periódico en la imprenta y litografía de Brid, Regadera y Compañía.

1853

DIRECTOR, D. Ramon Huerta Posada.

Imp. y lit. de Brid, Regadera y Comp., calle San Francisco, núm. 1.

(1) Célebre grabador florentino.